9260

Los que se van!

EMPRESA
de
BALMANYA

Recuerdo de

Los que se van!

Recuerdo eterno

~~Los que se van!..~~

Comedia en un acto y en prosa

por

A. Ferrer Codina

A. Ferrer y Codina

1899

Á LAS INTELIGENTES

Y

DISTINGUIDAS ARTISTAS EN BORDADOS,

SEÑORITAS

GIMPERA

SU MAS FIEL AMIGO

A. Ferrer y Codina.

Digitized by the Internet Archive
in 2012 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

http://archive.org/details/recuerdoeternoco1868ferr

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOLORES, 24 años. . . .	Doña Carmen Parreño.
MERCEDES, 30 » . . .	» Francisca Fernández.
ALFONSO, 28 » . . .	Don Federico Fuentes.
DON GUMERSINDO. . . .	» Juan Molas.
UN CRIADO.	» N. N.

Por derecha é izquierda, la del actor

Esta obra es propiedad de su autor y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los países con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción. Los comisionados de la Galería Lírico-Dramática, titulada **El Teatro**, don Florencio Fiscowich, Sucesor de Hijos de A. Gullón, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro del derecho de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

611930

ACTO ÚNICO

Salón ricamente amueblado.—Forillo jardines.—Puerta y galería á la derecha; aquélla en primer término. A la izquierda, entrada al interior de la casa. Arrimado á un lado, un piano, y colgado de la pared, un violín.

Primer término izquierda: una mesa redonda con tapete; encima de ella, una gran corona de siemprevivas con un lazo que contiene la siguiente inscripción: *Recuerdo eterno.*

Al levantarse el telón se oye el preludio de algunos instrumentos. Mercedes echa algunas monedas desde la galería.

ESCENA PRIMERA

MERCEDES, luego D. GUMERSINDO

MERCE. Tomen ustedes y déjense de música. La señora está de luto riguroso y no quiere demostraciones de alegría. (*Baja al proscenio.*)

Y son dos, con esa, las murgas que han estado aquí esta mañana, á felicitar los días de la señora. ¡Oh! y lo bueno del caso, es que se cuelan dentro del parque como Pedro por su casa. Yo no sé quién les ha dicho á esos artistas callejeros el nombre de mi señora. (*Se sienta y figura seguir pegando letras en el lazo de la corona.*) Ahora sí que no me levanto más. (*Leyendo.*) «Recu...» ahora la e... «Recue...» á ver la r... ¡Pobre señora! eso se llama un verdadero pesar, un dolor acerbo, profundo. Tres meses han transcurrido, desde que murió su esposo, y no ha pasado una semana, sin que se llevaran dos magníficas coronas, al nicho en

donde han de descansar sus restos. Porque lo grande, es que el marido de mi pobre señora descansa accidentalmente en uno de los cementerios del Reino Unido, á cuyo país fué, creo que de agregado en el personal de una embajada, y ahora es cuando se empieza á gestionar el traslado de su adorado cadáver. Ella se ha empeñado en acompañar el féretro de su esposo al través de los mares; ha resuelto reproducir el cuadro de Pradilla: Doña Juana la loca.

Alquilamos esta quinta amueblada, por huir del bullicio de la ciudad, y ahora ha tomado por seis meses, un semi-castillo, no sé á cuántas millas distante de aquí, pretextando que estos lugares, no son aún bastante lúgubres para albergar su dolor. (*Don Gumersindo foro derecha.*) ¡Calle!... don Gumersindo!...

GUMER. ¡Yo soy, pedazo de cielo! ¿Cómo se pasa el día de los Dolores? (*Dándole la mano.*)

MERCED. Siempre adulador... Se pasa como los demás.

GUMER. He visto salir una murga del parque.

MERCE. Sí. Ya han estado dos esta mañana. ¡Cuánto me alegro que haya usted venido!... A lo menos tendré con quién conversar.

GUMER. ¿De manera que ella?..

MERCE. De mal en peor. Su esposo debió ser un portento. ¿Le conoció usted?

GUMER. Ciertamente. Nada tenía de particular. Era un marido como los demás; pero tuvo la suerte de morir, y nadie ignora que la muerte tiene el privilegio de disminuir extraordinariamente nuestros defectos, y elevar hasta la última potencia nuestras cualidades.

MERCE. ¿Por qué no se sienta usted?

GUMER. (*Sentándose.*) Los artistas, los poetas y los maridos, no saben lo que se pierden con no morirse.

MERCE. ¡Qué gracioso!...

GUMER. ¿De manera, que nuestra viudita está inconsolable?

MERCE. Es la palabra. Y lo peor del caso, es, que cuando la veo llorar, no puedo contener mis lágrimas, y ya me tiene usted llorando á lágrima viva por un sujeto, á quien no tuve el gusto de conocer.

GUMER. Ya es chocante...

MERCE. ¿Qué le parece á usted, estar toda la bendita semana llorando? Toda la semana.

GUMER. Si á lo menos, descansaras el domingo...

MERCE. (*Levantando la corona.*) ¡Ya está! ¡Qué hermoso! «Recuerdo eterno.»

GUMER. ¡Eterno!... ¡Lástima grande que no sea verdad tanta belleza.

MERCE. ¡Ay, don Gumersindo! ¡El domingo pasado... ¡qué domingo! ¡Qué llorar, Virgen santa! Arrojó al estanque la llave del piano... ¡Yo no sé ni cómo pegué las letras, lo cierto es, que después de tener colocada la corona en su lugar, pude ver con asombro que en lugar del consabido: «Recuerdo eterno,» ostentaba la negra cinta de faill, el siguiente rótulo: «¡Arroz con queso!»...

GUMER. ¡Hombre! ¡qué diablo...

MERCE. ¿Ha visto usted qué profanación?

GUMER. Bien, sí, al muerto le daba lo mismo; pero vamos...

MERCE. ¡Calle usted, hombre, calle usted!...

GUMER. Hubiera sido un sarcasmo más. Letreros y epitafios se leen en algunos sagrados recintos de España, con los cuales podría formarse lo que los franceses llaman: *Une galerie pour rire.*

MERCE. ¿Verdad, eh?

GUMER. Sin duda. Pero volviendo á lo otro. Con todo cuanto me has dicho me decido á esperar una pronta curación en el estado moral de tu señora.

Eso de querer cambiar de nuevo de casa, por parecerle estos lugares poco tristes aún. Esos accesos de arrojar la llave del piano al estanque y gastarse los cuartos en depositar coronas á granel, sobre una tumba vacía; todo eso, repito, es que vamos mejorando y que á vuelta de algunas semanas, estará completamente restablecida.

MERCE. ¿De verdad? ¡Cuánto me alegraría! aún que no fuera más que para darme un buen atracón de piano.

GUMER. ¿Quién lo duda? El verdadero dolor no se ocupa más que de sí mismo. Le son indiferentes todos los lugares. La estética está completamente reñida con el dolor del alma, y no sobra tiempo para resolver si la llave del piano estará mejor en el fondo de un estanque, que en la cerradura del mueble.

MERCE. Por allí viene ella. Desde aquí *(señalando á la izquierda)* se distingue el movimiento de su pecho. Yo voy á entregar la corona al jardinero para que la lleve á su sitio.

GUMER. Adiós, jamoncita.

MERCE. ¿Qué tuno es usted? *(Vase fondo derecha.)*

ESCENA II

D. GUMERSINDO, DOLORES

(De rigurosísimo luto. Entra pausadamente. Don Gumersindo se adelanta á recibirla.)

DOLORES. ¿Es usted, Don Gumersindo?

GUMER. Yo soy. ¿No se halla usted mejor? *(Dolores le dirige una expresiva mirada, sentándose, sillón izquierda.)*

DOLORES. Tome asiento. ¿Viene usted de Valencia?

GUMER. En este momento acabo de llegar.

DOLORES. ¿Y qué dicen por allá?

GUMER. Poca cosa.

DOLORES. ¿Se critican mis actos? ¿Creen, como usted, que mis sufrimientos no serán duraderos? Puede decírmelo con franqueza.

GUMER. Al principio algo de eso se decía.

DOLORES. ¿Y qué dicen ahora?

GUMER. Los acontecimientos se suceden con tanta frecuencia... Los bailes han estado tan animados... Usted solamente faltaba. Yo ya dije que hasta el año que viene, no podíamos contar con la presencia de la bellísima viudita.

DOLORES. ¿Qué dice usted?

GUMER. ¿Cometí alguna indiscreción?

DOLORES. ¡Pues ahí es nada! Indicar que pueda yo asistir el año que viene al baile...

GUMER. No pasó de ser una hipótesis.

DOLORES. Los bailes han acabado para mí. No digo los bailes... todo, todo. ¿Lo oye usted, Don Gumersindo?

GUMER. Lo oigo perfectamente, pero no lo creo.

DOLORES. ¡Calle, por Dios! pues concluiría por enfadarme. Después de la pérdida que he sufrido, ¡dudar de que mi dolor sea profundo!... ¡eterno!

GUMER. Profundo, concedo; eterno, permítame que lo niegue.

DOLORES. ¿Y por qué razón?

GUMER. Porque, gracias al cielo, no es posible. Porque la justicia de Dios resultaría un mito. La salud, la juventud, la dicha, nada es estable. ¿Por qué razón tendría que serlo el dolor? ¿En dónde estaría la ley de las compensaciones? Recuerdo haber leído en un autor de fama, la siguiente máxima, que creo infalible.

DOLORES. Así será ella.

GUMER. Dice el autor citado, que, si al cabo de determinado tiempo, volvieran entre nosotros los seres

queridos, cuya pérdida hemos llorado, las más de las veces, les haríamos muy frío recibimiento.

DOLORES. ¡Qué indignidad!

GUMER. No soy yo quien lo dice, sino un autor de mucha fama.

DOLORES. De corazón tan frío y excéptico como el de usted.

GUMER. Eso de frío, nego, como diría un seminarista tonsurado. Ya usted sabe que antes de que la conociera su difunto esposo, me había usted inspirado una pasión profunda; de prima forza, como se llama hoy. Usted no era del todo indiferente á mis pretensiones, pero un día tuve la debilidad de presentarle á mi amigo Alfonso, y... nada, era más joven, más espiritual, y como vulgarmente se dice, me sopló la dama.

DOLORES. No fué suya la culpa.

GUMER. Concedo que fué mía. No me resultaría otra vez.

DOLORES. ¡Pobre Alfonso!

GUMER. Gracias á mis gestiones y firme constancia, y en mi carácter de procurador, he podido liquidar con una renta, que si bien no la permitirá á usted el más pequeño despilfarro, en cambio, le dará lo suficiente para vivir.

DOLORES. Es cuanto necesito para permanecer en la soledad, y llorar á mi pobre Alfonso.

GUMER. Sí; todo el tiempo que le llore usted, pero después...

DOLORES. Le lloraré siempre.

GUMER. Trato. Ya sabe usted lo que soy y lo que valgo. Mi posición desahogada y el cariño que siempre le he tenido. ¿Me da usted palabra de casamiento, para el día en que concluya su dolor?

DOLORES. Es que ese día no llegará nunca.

GUMER. Enhorabuena. Solamente pido la preferencia para cuando llegue.

DOLORES. Como nada arriesgo, le doy mi palabra. ¿Y en qué conocerá usted que mi dolor haya concluído?

GUMER. En mil cosas. En que se reirá usted; en que hará lo de antes: tocar el piano...

DOLORES. ¡Qué aberración!

GUMER. Bailar...

DOLORES. ¡Jesús!... No me haga usted reir.

GUMER. Capítulo primero. Ya se ha reído usted.

DOLORES. Esta risa...

GUMER. Como primera, la admito sin análisis. Ya recibo algo á cuenta.

DOLORES. Bien, bien. Hablemos de lo que más interesa.—

Según me escribió usted ayer, no quedará desocupada la nueva habitación hasta pasado mañana, ¡qué pena!

GUMER. Así es. Y no sé por qué se ha empeñado usted en quererse encerrar en medio de aquellos bosques.

DOLORES. Deseo morir.

GUMER. Peor para usted. Luego se arrepentirá.

DOLORES. Pero ayer concluimos ya nuestro compromiso respecto á esta quinta, y pudieran venir los nuevos inquilinos.

GUMER. No es fácil. Esta quinta no le puede servir más que á un misántropo, y los misántropos no abundan en este siglo.

ESCENA III

Los mismos, MERCEDES

MERCE. Cuando quieran. El almuerzo está servido.

DOLORES. No tengo apetito. No almorzaré.

MERCE. Todos los días es lo mismo. La señora va á enfermar.

DOLORES. ¡Qué temeridad! No sé por qué no me han de dejar...

GUMER. Si no ha de comer ya más, conforme; no coma usted; pero si ha de seguir comiendo mañana ó pasado, coma ya desde ahora.

DOLORES Está usted insufrible.

GUMER. Dígnese aceptar mi brazo y hágame el obsequio, cuando menos, de acompañarme á la mesa.

DOLORES. Le advierto que no probaré bocado.

GUMER. Vamos.

ESCENA IV

MERCEDES, luego ALFONSO

MERCE. Se ha detenido un carruaje en la entrada del parque. *(Mirando á la derecha.)* Si no fuera por el gran cariño que profeso á la señora, camino de Valencia me iba, sin esperar á ver nuestro nuevo alojamiento. ¡Qué veo!... Se adelanta un caballero y el carruaje se dirige á la cochera... Bueno fuera que estuviese alquilada de nuevo la finca y vinieran ahora á tomar posesión de ella. ¡Vaya!... ¡Ay! ¡Dios mío!... Habrá que avisar á la señora. ¡Miren ustedes qué com-

promiso!... ¡Qué aire tan triste trae ese señor!... Ya está aquí. ¿Cómo salimos ahora del paso? (*Alfonso de luto y con aire marcado de profunda tristeza.*)

ALFONSO. Buenos días. ¿Es usted de la casa?

MERCE. Sí, señor... pero...

ALFONSO. Pues entónces, déjeme solo. Puede usted retirarse. (*Sentándose.*)

MERCE. (Apuesto á que cree que está la casa desocupada y me toma por un miembro de la familia del jardinero.

ALFONSO. ¿Está usted aun ahí?

MERCE. Es que...

ALFONSO. Deseo estar solo, completamente solo.

MERCE. Es que hay un gran inconveniente.

ALFONSO. (*Disgustado.*) ¿Cuál?

MERCE. Supongo que viene usted á instalarse, y la casa todavía está ocupada. La señora...

ALFONSO. ¿Ocupada?... El propietario ha dicho que desde hoy estaba la quinta á mi disposición.

MERCE. Se ha equivocado de un par de días.

ALFONSO. Lo siento mucho. Sin embargo, como no tengo deseos de regresar á Valencia, me instalaré, durante estos dos días, en el pabellón del jardín que he visto al pasar.

MERCE. ¡Cómo! ¿quiere usted habitar el pabellón? Está destartalado; tiene muy poca capacidad.

ALFONSO. Habrá la suficiente para una tumba.

MERCE. ¡Dios mío! ¿Acaso se encuentra usted arruinado? ¿Ha perdido su fortuna?

ALFONSO. ¡Mi fortuna! ¿para qué la quiero? No. Mi fortuna, mis tesoros, es decir, lo que nada vale, eso me ha quedado.

MERCE. Pues entónces...

ALFONSO. Pero el ángel á quien iba á ofrecerlos... mi Emilia... ¡mi adorada Emilia!... á aquella la he perdido para siempre.

MERCE. ¿Ha perdido á su esposa?

ALFONSO. Peor aún. He perdido á mi prometida la víspera de casarme.

MERCE. ¡Jesús!

ALFONSO. Ha muerto, sí; pero yo también moriré de dolor. Lo he jurado.

MERCE. ¡Pobre señorito! Cuando mi señora lo sepa...

ALFONSO. No, no quiero verla. Me vería obligado á visitarla durante esos días y no quiero ninguna clase de relaciones con persona viviente. Mi único deseo es morir.

MERCE. ¿No quiere usted que la avise?...

ALFONSO. Será alguna vieja que me abrumaría con sus preguntas.

MERCE. Muy al contrario. Joven y muy linda.

ALFONSO. ¿Joven y linda? Menos, mucho menos aun. ¿Es rubia ó morena? Se lo pregunto por mera curiosidad; por huir de ella.

MERCE. Voy á llamarla.

ALFONSO. (*Levantándose.*) No. Creería ofender al ángel de mis amores. Dígale usted que me mande avisar cuando salga de la finca.

MERCE. Como usted quiera.

ALFONSO. Adiós.

MERCE. Que lo pase usted bien, caballero.

ESCENA V

MERCEDES. DOLORES

DOLORES. ¿A quién acabas de despedir?

MERCE. ¡Ay, señora! por fortuna ha resuelto habitar el pabellón del jardín, ínterin permanezcamos en la quinta. El sujeto que acaba de salir, es el nuevo inquilino que viene á tomar posesión de su casa.

DOLORES. Ya me temía este percance.

MERCE. Un elegante joven

DOLORES. Que no venga. ¿Oyes? no quiero visitas y de jóvenes elegantes mucho menos.

MERCE. No se apure. Tampoco quiere él.

DOLORES. ¿Acaso te lo ha dicho?

MERCE. Y sin titubear. Dice que se limite usted á mandarle recado, al partir para nuestro nuevo alojamiento.

DOLORES. ¡Qué desatento! Ya se ve; me habrá creído alguna vieja importuna... alguna solterona.

MERCE. Así lo creía, pero yo le he manifestado que era usted joven y bella.

DOLORES. ¿Y quién te mete á tí?... ¿A qué dar mi filiación á nadie?

MERCE. Descuide usted, señora. En cuanto vuelva á verle, le diré que no me había fijado bien, que es usted vieja, horrorosa.

DOLORES. Te prohibo que le digas eso, ni otra cosa.

MERCE. También él está triste, taciturno. También viene en busca de la soledad. También desea morir.

DOLORES. ¿De veras? ¿Llora también la pérdida de algún sér querido?

MERCE. De una Emilia á quien adoraba.

DOLORES. ¿A quién adoraba? ¡pobre joven!

MERCE. Muerta el día antes del en que debían casarse.

DOLORES. Está claro. En el paroxismo de su dolor, debe

estar desatento por necesidad. Eso le enaltece á mis ojos. Demuestra poseer belleza de sentimientos. Que se aleje. Que no quiera verme. Yo se lo perdono.

MERCE. *(Mirando á la izquierda.)* Mírelo. Ahora cruza por ahí enfrente. Retrocede. ¿Le ve usted?

DOLORES. Es verdad. Que no nos vea. Respetemos su dolor. Tiene el aspecto muy triste.

MERCE. ¡A su edad!... Pues parece no contar más allá de unos veintiocho años.

DOLORES. ¿Tú crees que los tenga?

MERCE. Todo lo más. Ya pasó.

DOLORES. Mira, tráeme mi labor. Esperaré trabajando, á que mi procurador concluya de almorzar. Sácame el costurero á la galería. Hace un día hermoso.

MERCE. Está bien, ¡qué milagro que haya notado que hace un día hermoso! *(Vase puerta izquierda.)*

ESCENA VI

DOLORES, ALFONSO

ALFONSO. ¿Me hará usted el obsequio de la llave del pabellón? ¡ah!... *(sorprendido.)*

DOLORES. ¡Caballero!...

ALFONSO. Perdone usted, señora... A haber sabido...

DOLORES. ¡Oh! está usted perdonado.

ALFONSO. Creí hallar á la doncella.

DOLORES. Acaba de salir.

ALFONSO. Venía por la llave del pabellón...

DOLORES. Tome asiento.

ALFONSO. Sentiría molestar á usted...

DOLORES. De ninguna manera. Ya me ha enterado Mercedes de su desgracia.

ALFONSO. Y tal vez usted también... ese traje...

DOLORES Sí, caballero... y cuando he sabido el motivo por el cual iba usted en busca de la soledad, he sentido vivamente haber sido obstáculo á sus deseos.

ALFONSO. ¡Oh! nada de eso señora. Los que sufren, se entienden fácilmente.

DOLORES. Eso lo he leído.

ALFONSO. En *Flor de un día.*

DOLORES. Estará usted mal alojado. El pabellón...

ALFONSO. De nadie tengo que recibir visitas.

DOLORES. Pero allí, solo. .

ALFONSO. Estaré con ella.

DOLORES Es verdad. Como yo estoy siempre con él.

ALFONSO. ¿Un padre tal vez?... un...

DOLORES. Un esposo adorado.

ALFONSO. Comprendo que el corazón de usted y el mío hayan muerto para el mundo.

DOLORES. Era cuánto amaba.

ALFONSO. Igual que yo.

DOLORES. Yo le adoraba.

ALFONSO. Yo también.

DOLORES. Arrogante, bello como no hay otro.

ALFONSO. Hermosa, sin par.

DOLORES. Yo pasaré toda mi vida llorando.

ALFONSO. Es la sola ocupación que tendré de aquí en adelante.

DOLORES. ¡Qué situación tan igual la nuestra!

ALFONSO. Del todo igual, no. ¿Quién ha visto desgracia como la mía? ¡Perder á mi amada, la víspera de mi casamiento!

DOLORES. Perder al marido á los ocho meses de casada, es mucho peor.

ALFONSO. ¡Ah! no, señora, no. No cabe comparación.

DOLORES. ¡Ah! sí, señor, sí.

ALFONSO. Si se toma usted el trabajo de analizarlo...

DOLORES. La verdad es que los dos hemos sido muy desgraciados.

ALFONSO. Sí. Y si he de decir verdad, este es el primer momento de expansión que he experimentado desde aquél día fatal Al fin he encontrado un sér que puede comprenderme.

DOLORES. Yo hasta ahora, no había hallado más que corazones fríos, egoistas, indiferentes, que se burlaban de mi tristeza, que me negaban pudiese ser eterna. *(Llorando.)*

ALFONSO. ¡Bárbaros! ¡Atreverse á negar eso! Igual que á mí. *(Se echa también á llorar.)*

DOLORES. ¡Incapaces de comprender el estado de un alma herida de muerte; de llorar conmigo!

ALFONSO. Es verdad. Por esto me dá asco la sociedad y he querido retirarme á este destierro.

DOLORES. Ha hecho perfectamente; y durante los días que deberé permanecer aquí, hallará usted en mí una hermana de dolor. Le hablaré de ella.

ALFONSO. Yo á usted de él.

DOLORES. El pabellón está á dos pasos.

ALFONSO. En efecto, cruzando el parque...

DOLORES. Está usted aquí. Las veladas son tan largas..

ALFONSO. Las pasaremos juntos .. llorando.

DOLORES Naturalmente, llorando.

ALFONSO. ¡Es tan dulce llorar á los muertos!

DOLORES. ¡Los pobres, están tan solos!...

ALFONSO. Y no crea usted, hay quién les olvida.

DOLORES. ¿Qué corazones serán esos?...

ESCENA VII

Mismos, MERCEDES (con el costurero).

DOLORES. ¿Quién? Eres tú, Mercedes?
MERCE. Traigo el costurero.
DOLORES. Ponlo en la galería.
MERCE. Acaba de llegar un mandadero, diciendo que la nueva habitación está disponible. Supongo que la señora querrá ponerse en camino al instante.
ALFONSO. ¿Cómo.. ya?
DOLORES. ¿Ya? Naturalmente, con el poco tacto de mi procurador, habrá molestado tanto á aquellas pobres gentes... Ya avisaré.
MERCE. (Veo que don Gumersindo anda muy acertado; vamos mejorando visiblemente).
DOLORES. No quiero abusar de usted, partiremos esta tarde.
ALFONSO. ¿Quiere usted irse? ¡Cuán desgraciado soy!...
DOLORES. No hay más que resignarse á lo que nuestra situación exige.
ALFONSO No. Si yo tengo presentimientos... Ahora mismo, cuando estábamos hablando de nuestros proyectos, presentía algo que debía destruirlos. Ya usted ve cuán poco ha tardado en llegar este contratiempo. Igual me pasó la víspera de caer ella enferma.
DOLORES. ¿Quién es ella?
ALFONSO. Emilia.
DOLORES. ¡Ah!... sí.
ALFONSO. Estábamos en el teatro. Recuerdo que aquella noche se ponía *Donna Juanita*. ¿Ha visto usted *Donna Juanita*?
DOLORES. No me hable usted de *Donna Juanita*.
ALFONSO. ¿Por qué?
DOLORES. Era nuestra música predilecta. Yo en el piano y Alfonso con el violín, cada noche la tocábamos que era un primor.
ALFONSO. ¡Cómo! ¿Su marido de usted se llamaba Alfonso?
DOLORES. Sí, ¿por qué?
ALFONSO. Porque Alfonso también es mi nombre.
DOLORES. ¿De veras? ¡qué casualidad!
ALFONSO. En efecto. ¡Parece providencial! Pues, como decía, ponían *Donna Juanita* y al llegar á la serenata, usted sabe que empieza: (*Cantando.*) Duerme, duerme, niña hermosa...
DOLORES. ¡Ah! no, dispense, no es así. (*Cantando también.*) Duerme, duerme, niña hermosa...

ALFONSO. Exactamente lo mismo.
DOLORES. Usted dice un *sí* natural y es bemol.
ALFONSO. Se equivoca usted.
DOLORES. Si tuviese la llave del piano, se lo demostraría.
ALFONSO. Está usted en una preocupación.
DOLORES. (*Levantándose.*) Espere. Aquí debe haber otra. (*Buscando por entre los papeles que están sobre el piano.*) Sólo para convencerle...
ALFONSO. Veamos.
DOLORES. Ya la encontré. Va usted á ver. (*Dolores se sienta al piano y ejecuta algunos arpegios.*)
ALFONSO. ¡Magnífico! Es usted una excelente profesora.
DOLORES. Nada de eso. Oiga usted.
ALFONSO. ¡Oh! estoy segurísimo de su error.
DOLORES. (*Canta acompañándose al piano.*) Duerme, duerme, niña hermosa... gala del...
ALFONSO. (*Levantándose.*) Espere usted.
DOLORES. ¿Qué?
ALFONSO. (*Descolgando el violín.*) Vuelva á empezar.
DOLORES. ¿Toca usted?... ¡qué bien! como mi Alfonso.

(*Cantando y tocando los dos.*)

Duerme, duerme, niña hermosa,
gala del suelo español,
mientras que al sueño te entregas
por tí vela el dios Amor.

(*Dolores sola, y sin acompañamiento de violín. Alfonso saca un pañuelo y se seca las lágrimas.*)

Duerme, duerme,
no abras, no, tus bellos ojos,
no despiertes,
porque al verlos, con enojos,
morirá de envidia el sol.
No despiertes, no,
duerme por Dios.

(*Los dos con ambos instrumentos.*)

Duerme, duerme, niña hermosa,
etc.

(*Al repetir esta última estrofa, van cantando más despacio á medida que adelanta el canto, mezclado con sollozos, yendo luego á sentarse y colocando Alfonso su silla casi al lado de la de Dolores.*)

DOLORES. Esos recuerdos me producen una pena que me halaga.
ALFONSO Igual fenómeno ha obrado en mí este canto. ¿Con qué, su esposo tocaba?
DOLORES. ¡Oh! pero me parece que usted toca con más gusto.
ALFONSO. Favor que usted me dispensa.

DOLORES. No es adulación. Hasta alguna vez habíamos bailado el wals.

ALFONSO. Nosotros también. ¡Cuántos puntos de contacto!

DOLORES. Es un wals que embriaga.

ALFONSO. Que seduce. Para walses los alemanes. ¡Qué lastima que se vaya usted tan pronto!... ¿Y en qué pensará, en medio de aquellas soledades?

DOLORES. De pronto en la desgracia que á usted aflige.

ALFONSO. ¡Ah! no, primero en él.

DOLORES. ¡Oh! se supone.

ALFONSO. Los recuerdos que le habrá dejado ¡serán tan dulces!...

DOLORES. No tanto como los que le habrá dejado á usted ella.

ALFONSO. ¡Ah! no tanto, no tanto! Al fin y al cabo no estábamos aún casados.

DOLORES. ¡Ah! no importa...

ALFONSO. Analice, analice...

DOLORES. Lo deseado usted sabe que es más dulce que lo conseguido. Además, dentro del matrimonio siempre hay disgustillos.

ALFONSO. ¿Con qué tuvo usted disgustillos?

DOLORES. En absoluto, no puede aplicársele ese calificativo. Después el afecto siempre disminuye algo, aquella pasión ardiente del primer período, se trueca después en dulce calma.

ALFONSO. Pero su esposo de usted era arrogante, bello como no hay otro.

DOLORES. Le diré... tanto como no haber otro... ¡La novia de usted, sí, tan hermosa!... sin par.

ALFONSO. Verá usted... tanto como sin par... pero yo la quería con delirio...

DOLORES. Y yo á él con pasión profunda. ¿Usted no se volverá á casar?...

ALFONSO. ¡Ah! nunca... ¿y usted?

DOLORES. Me horroriza esa idea.

ESCENA VIII

Los mismos, MERCEDES

MERCE. (Parece que se han estrechado las distancias). Señora...

DOLORES. (¡Qué impertinente!)

MERCE. El sujeto que trajo el recado de la nueva casa pide por escrito la contestación.

ALFONSO. No se vaya usted hasta mañana; se lo suplico.

DOLORES. ¿Y don Gumersindo?

MERCE. Ha concluído de almorzar, y le estoy viendo pasear por el parque. *(Mirando hacia la derecha.)*

DOLORES. Bien. Allá voy. *(Levantándose, Alfonso hace lo propio.)*

MERCE. ¡Ay, señora! Quería pedirle á usted un favor.

DOLORES. ¿Y qué es?

MERCE. Usted no ignora mi pasión por la música. ¡Hace tantos días que no toco!... Si me permitiera... cómo he oído que ustedes tocaban...

DOLORES. ¡Ah! no. De ninguna manera.

ALFONSO. Interpongo mi influencia; pero con una condición.

MERCE. ¿Cuál?

ALFONSO. Que sea nuestra música predilecta; algo de *Donna Juanita.* La que tiene tan bellos y dolorosísimos recuerdos para nosotros.

DOLORES. De la única manera.

MERCE. Con mucho gusto. *(Se dirige al piano.)*

DOLORES. Con su permiso iré á despachar al mandadero.

ALFONSO. *(Dándole la mano.)* Mañana... ¿eh?

DOLORES. Ya que usted tanto lo desea...

ALFONSO. ¡Oh! gracias.

DOLORES. Pasaré por aquí para llegar antes. *(Al llegar Dolores á la puerta derecha primer término, se oyen las primeras notas del wals de Donna Juanita, y vuélvese á mirar á Alfonso como embelesada.)* ¡El wals!

ALFONSO. ¡El wals!

DOLORES. ¡Oh dulcísimo recuerdo!

ALFONSO. ¡Oh recuerdo inefable! En estas notas va envuelto todo un poema de amor, Dolores... *(Indicándole que baile.)*

DOLORES. No, y mil veces no. *(Luchando con el deseo.)*

ALFONSO. A su pesar tendrá usted que hacer como yo. Una fuerza irresis...

(Se pone á bailar dirigiéndose al foro. Síguele Dolores y detrás sale don Gumersindo haciendo lo propio. Alfonso se queda en el foro, adelantándosele Dolores, que desaparece foro derecho; al llegar don Gumersindo al lado de don Alfonso le reconoce.)

ESCENA IX

D. GUMERSINDO, ALFONSO y MERCEDES

MERCE. *(Aplaudiendo.)* ¡Bravo, señores, bravo!

GUMER. (Por fin llegó el deseado momento). ¿Hola, don Alfonso... usted?

ALFONSO. ¡Don Gumersindo!

GUMER. ¡Cuánto me alegro! Mira, Mercedes, díle al mandadero que no se vaya antes de yo verle.

MERCE. Está muy bien.

ALFONSO. ¿Usted será el procurador de doña Dolores?

GUMER. El mismo; y pronto su marido.

ALFONSO. ¿Qué?

GUMER. Lo que usted oye Como que tengo otorgada palabra de casamiento.

ALFONSO. ¿Ella? ¿Dolores?

GUMER. Dolores. Ella. La única salvedad que me impuso, ha sido allanada por ella misma, en este momento. ¿Lo duda usted?

ALFONSO. ¡Ah! no, no.

GUMER. Lo que sí desearía de usted, es un favor que espero me concederá.

ALFONSO. Estoy á sus órdenes.

GUMER. Que dada la franqueza que veo reina entre usted y doña Dolores, se sirva recordarle su palabra empeñada, é interponer el predominio que veo ejerce usted sobre ella, para que me cumpla su promesa.

ALFONSO. ¡Su promesa! (¡oh! sí, sí; ese hombre dice la verdad) voy á cumplir ahora mismo su encargo.

GUMER. Es usted muy amable.

ALFONSO. (Fíese usted de las mujeres... ¡Ah, no, no! ¡Emilia, tu recuerdo será mi único, mi eterno amor!)

ESCENA X

D. GUMERSIMDO, luego MERCEDES

GUMER. ¿Seré tan feliz que pueda al fin llamarme su esposo?... ¿Quién lo duda?... El trato fué hecho en toda regla, y no se volverá atrás de su palabra.

MERCE. Don Gumersindo...

GUMER. ¿Qué hay pimpollo? ¿Qué te parece el rápido cambio efectuado en el ánimo de tu señora?

MERCE. Pues .. me parece que si en lugar de nacer en este siglo, lo llega usted á efectuar en tiempo de los Macabeos, así como tenemos hoy, entre otros, al profeta Elías...

GUMER. Tendríais el profeta Gumersindo...

MERCE. Eso iba á decir.

GUMER. Pues no creas que para profetizar en este asunto, sea cuestión de alguna perspicacia; basta con haber permanecido durante medio siglo en este colosal manicomio que llaman mundo, para saber de sobras que á los muertos se les ofrece mucho y se les cumple poco. Como no pueden reclamar...

MERCE. Sí señor... eso es muy cierto.

GUMER. Bueno es que derramemos nuestras lágrimas sobre la tumba de seres queridos. Magnífico que honremos periódicamente su memoria, llevándoles nuestras ofrendas y oraciones; pues la cultura de los pueblos se cotiza por los grados de respeto que tienen á sus difuntos; pero dejemos á un lado esos extremos y aspavientos y huyamos de hacerles protestas y juramentos que no hemos de cumplir, y que sólo sirven para ponernos en ridículo delante del mundo, de la sociedad y de la familia.

MERCE. Sabe usted, don Gumersindo, que va usted echando por esa boca, verdades como templos, pero que por oirle perorar, no le he dicho todavía lo que ocurre.

GUMER. ¿Y qué hay de nuevo?

MERCE. Que en la casita del jardinero se encuentra un joven que acaba de llegar de Valencia, y dice que desea hablar con alguno de la casa.

GUMER. ¿Y por qué no ha pasado?

MERCE. El jardinero es quien se ha llegado á dar el recado. Pero ahí viene la señora, acompañada de don Alfonso.

ESCENA XI

Los mismos, ALFONSO, DOLORES

DOLORES. Anda á ver lo que desea el joven que está esperando en la vivienda del jardinero.
(*Vase Mercedes foro derecha.*)
Don Gumersindo. Le manifiesto que he resuelto casarme.

GUMER. No esperaba menos de usted.

DOLORES. Con don Alfonso Rivera.

GUMER. ¡Hombre! pues me gusta. Y van dos.

DOLORES. Nada más natural. A él es á quien debo el mágico cambio que se ha operado en mí, justo es que él reciba la recompensa.

ALFONSO. Yo también lo creo justo.

GUMER. Hombre, pues, que no quede por mí... miraré de ajustarme también.

ALFONSO. Dolores no quiere regresar á Valencia. Hágame usted el favor de suplicarle que acceda á mis deseos. Hace poco, usted me ha pedido un favor...

GUMER. ¡Está claro! después de aquel favor que usted me ha hecho...

DOLORES. Si no ha dado resultado, no ha sido culpa de Alfonso, se lo juro.

ALFONSO. Pero en compensación, le nombro padrino de mi boda, y para solemnizar este acto probaremos un champagne que ahora va á traer el criado.

GUMER. En fin, admito la compensación, y esperaré á ver si vuelve usted á enviudar...

ALFONSO. ¡Canario!

DOLORES. ¡Ay! no. Entonces le juro don Gumersindo...

GUMER. Que volveria usted á consolarse; no lo ponga en duda.

ALFONSO. No, no. Me resisto á la prueba.

DOLORES. Hallo tantos puntos de contacto entre el señor, y mi difunto esposo. Se parecen tanto... tanto...

GUMER. (Como un huevo á una castaña.)

DOLORES. Ambos delgados, barba rubia, unos treinta años.

ESCENA XII

Los mismos, MERCEDES

MERCE. El caballero se resiste á pasar. Dice que teme la emoción que su visita ha de producir á la señora. Que se prepare para un golpe inesperado.

(*Sorpresa general.*)

GUMER. ¡Qué!

DOLORES. ¡Ay! ¡Dios mío!

ALFONSO. Yo tiemblo.

GUMER. ¿Qué tipo presenta ese sujeto?

MERCE. Joven, de unos treinta años, delgado, barba rubia.

GUMER. (¡Vaya! ya pareció el peine.)

DOLORES. ¡Oh! si... es él.

ALFONSO. Su marido de usted!

MERCE. Yo así lo he creído.

GUMER. Un cambio de nombre en los periódicos mata al hombre más sano del Universo. (¡Como no echa las campanas á vuelo!)

MERCE. Por último me ha entregado esta carta.

GUMER. (*Tomándola.*) Ya podias acabar. (*Leyendo el sobre.*) Doña Dolores del Real. Señora, es su letra. (Llegó Atila.) (*Le da la carta.*)

DOLORES. Es verdad.

GUMER. (¡Tableau!) Aquí de aquel autor de fama.

ALFONSO. ¿Qué resuelve usted?

DOLORES. ¡No me comprometa usted, caballero!

GUMER. En fin, veamos lo qué dice.

ESCENA XIII

Los mismos, CRIADO con una bandeja con copas de champagne Mercedes se la toma y la coloca encima de la mesa

CRIADO. El champagne.
GUMER. Para champagne estamos.
DOLORES. (*Dando la carta á don Gumersindo.*) Lea usted. Mira, Mercedes, si le ves venir.
(*Mercedes se aproxima á la galería.*)
GUMER. ¡Oh! sabio autor.) (*Leyendo.*) «Dolores, te escribo en el lecho de muerte. Cuando leas ésta, ya habré dejado de existir. Mi amigo Arturo Diéguez te entregará la presente. Muero de un atracón de ostras.» (¡Heróica muerte!). (*Demostración de gozo, en Alfonso y Dolores.*)
DOLORES. ¡Pobre Alfonso! (*Forzadamente.*)
GUMER. ¿Cuál?
DOLORES. (*Después de dudar y arrojándose en brazos de Alfonso.*) Este.
GUMER. Está claro. Comedias á un lado; y á más, ya puede decirse todo; era un calavera y ha hecho perfectamente en morirse. Olvido, pues, por lo pasado. Paz á los muertos y champagne á los vivos. (*Oyese el preludio de otra murga.*)
MERCE. Otra murga. ¿Qué toque eh?
GUMER. Naturalmente... ¿pues no? y que sea el brindis de *Donna Juanita* que lo cantaremos.
ALFONSO. ¡Magnífica ocurrencia!
MERCE. El brindis de *Donna Juanita.* (*A los músicos.*)
DOLORES. ¡Me da vergüenza!...
GUMER. Vengan las copas.
MERCE. Allá van. (*Repartiéndolas.*)
ALFONSO. ¿No estamos solos?

MÚSICA

DOLORES. Brindad,
las copas apurad,
bebed el mágico licor
que aleja el mal humor.
CORO. Brindad.

—

DOLORES. El néctar apurad,
el contento esparza en rededor
este líquido embriagador.
CORO. Brindad.

—

DOLORES. El licor encierra
el germen del placer,
no ceséis nunca de beber,
bebed sin tasa,
sí, bebed,
que la alegría mayor
la da el licor.

FIN.

NOTA: Para las compañías que no les sea posible cantar el brindis, la comedia seguirá, desde la acotación referente á la murga (que entonces no deberá oirse) de la siguiente manera:

ALFONSO. Pues á la mesa. (*Cogiendo del brazo á Dolores.*)
GUMER. A la mesa. (*Volviéndose al público.*)
Público. Con tu mutismo
ó la silba, que es lo mismo,
no demuestres, á porfía,
que lo que es filosofía,
lo tomaste por cinismo.
Y puesto que allí el pobrete
del autor, está en un brete
por esta duda malvada,
díle con una palmada
que has comprendido el juguete.

OBRAS CATALANAS Y BILINGÜES

DE

ANTONIO FERRER Y CODINA

Las reliquias de una mare	*Drama*	3	*actos.*
Un jefe de la Coronela..	»	3	»
Lo gat de mar.	»	4	»
Flors trasplantadas..	»	3	»
La casa payral..	»	3	»
Un manresá del any vuit..	»	3	»
Lo punyal d' or.	»	3	»
Otjer.	»	3	»
La perla de Badalona.	*Comedia*	1	»
Aucells d' América..	»	1	»
Peró.	»	1	»
Remeys per fora..	»	1	»
Pare y padrí.	»	1	»
Negoci rodó.	»	1	»
Catalans á Orient.	*Zarzuela*	2	»
Lluch Llach.	»	2	»
Celos de un rey.	»	1	»
Historia natural..	»	1	»

CASTELLANAS

El suicidio de un sombrero..	*Comedia*	1	»
Recuerdo eterno..	»	1	»

De venta en las principales librerías